

UNCI MASTONO

Argentina: los presuntos muertos

Jorge Luis Bernetti

En la Argentina de José Alfredo Martínez de Hoz, ministro de Economía campeón del capitalismo trasnacional al estilo Chicago (record mundial en materia de índice inflacionario) existen, pese a los que se quejan, oportunidades para incrementar los ingresos reales. Si un ciudadano tiene entre sus parientes más cercanos un *desaparecido*, el gobierno del teniente general Videla le da una oportunidad para mejorar sus ingresos.

En efecto, el régimen de Buenos Aires acaba de informar al público su decisión de otorgar pensiones a los familiares de los *desaparecidos*; con la condición, claro está, de que éstos pasen a pertenecer, jurídicamente a la categoría de los muertos. Así, sin más, una grosera operación propone dar por cerrado un capítulo siniestro de la historia política argentina. No casualmente esta oferta, digna de la frialdad administrativa de un Eichmann, se produce en momentos en que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA se dispone a visitar Argentina para investigar sobre el terreno las múltiples violaciones a los derechos humanos que han sido denunciadas desde las más diversas latitudes geográficas, políticas y religiosas.

Se ha dicho muchas veces, es ya casi un lugar común, pero no por ello deja de ser verdad, que la Argentina de estos días atraviesa la crisis global más grave de su historia. En la deteriorada realidad pampera actual dos temas constituyen el centro de las reclamaciones de las fuerzas sindicales y políticas y el clamor sordo de las mayorías: la asfixiante situación económica y la vigencia de un terror represivo que ha dejado pocos sectores del tejido social sin afectar. La sangre derramada ahoga a los protagonistas: el pueblo porque ha sido duramente golpeado, los torturadores porque comienzan ya a querer borrar sus huellas. Las muertes, las *desapariciones*, las torturas, los exilios, constituyen la expresión más dolorosa de la derrota, de la imposición del orden contrarrevolucionario. Por ello, las demandas de las organizaciones de familiares de los *desaparecidos* no se inscriben en una estrategia de toma del poder, sino de reconstrucción paulatina de un ancho y todavía informal frente nacional y popular.

Se sabe que el terror y la represión vigentes en esta etapa opresiva de la vida argentina tienen su origen en el deterioro y la reversión del gobierno peronista operados a partir de la muerte del general Juan Perón. El giro a la derecha del gobierno de Isabel Martínez de Perón fue rebasado con creces a partir de la ruptura del orden constitucional, el 24 de marzo de 1976. La guerra contrainsurgente aplastó, por los medios ampliamente conocidos con los que opera en cualquier geografía, el proyecto guerrillero urbano y rural. Pero, mucho más allá de aquella operación de exterminio, la misma se extendió a todos los sectores progresistas, críticos, democráticos y antimperialistas del país.

Hoy, *todavía*, el país argentino no reclama un Nuremberg. La demanda unificada, creciente, desesperada, es la presentación de los *desaparecidos*, el cese de las torturas, la libertad a los detenidos por años sin que se les haya iniciado proceso alguno, el enjuiciamiento de los apresados de acuerdo con las leyes establecidas y por los tribunales de la Escuela de las Américas de la zona del canal. Es decir, el fin de la contrainsurgencia.

Por ello resulta insólito que en este proceso de lenta recomposición de las fuerzas democráticas y populares de Argentina, una misión del ejército soviético, el Ejército Rojo, viaje a Buenos Aires para dejarse homenajear por los altos mandos castrenses argentinos. El teniente general Ivan Jacobich Braiko, que debe haber peleado contra los nazis en la epopéyica defensa de su tierra en la Segunda Guerra Mundial, declaró que su visita obedecía a la necesidad de "intercambiar experiencias sobre la manera de formar los cuadros de oficiales de las fuerzas armadas de ambas naciones". Triste paradoja de la razón de Estado: los funcionarios del antiguo *ministerio de colonias* de Estados Unidos —la OEA— tratarán de visitar los cuarteles en búsqueda de los *desaparecidos*, en tanto los oficiales soviéticos platican con los que mandan en los reductos de la dictadura.